
RESEÑAS

MARTÍN VISO, Iñaki. 2024. *Political landscapes in Late Antiquity and Early Middle Ages: the Iberian Northwest in the Context of Southern Europe*. Firenze University Press. 340 págs. ISBN: 979-12-215-0529-0.

Abel de Lorenzo Rodríguez Universidade de Santiago de Compostela /
University of Edinburgh
ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-3845-1013>
abel.lorenzo.rodriguez@usc.es

Este libro editado por Iñaki Martín Viso, catedrático de la Universidad de Salamanca, trae de nuevo el debate sobre la consideración de *political landscape* o paisaje político y territorio. Lo hace a partir de una serie de estudios concretos de diferentes áreas de Europa meridional, especialmente de la Península Ibérica (en concreto el espacio de Castilla a Galicia, comprendiendo León y el norte de Portugal), pero también el norte de Italia y la Francia centro-meridional (Auvernia, véase el estudio Adrien Bayard). El libro está dentro del proyecto y grupo de investigación ESMICRO (Los escenarios de las micropolíticas: acción colectiva, sociedades locales, poderes englobantes (siglos VI-XII), coordinado desde la Universidad de Salamanca, a donde pertenecen varios de sus miembros. Así mismo esta publicación comienza una serie dentro de la Firenze University Press llamada *Iberian local societies in the early medieval European Context. Setting, practices and territorialities (5th-12th centuries)* en la cual ya se esperan futuras contribuciones.

Política y paisaje, paisaje y política. Históricamente estos dos conceptos se han entrelazado desde hace tiempo, principalmente, a partir de discusiones geográficas. El debate sobre la vertebración del territorio ha sufrido en las últimas décadas un giro copernicano. De considerar el paisaje y el territorio como un conjunto de variables terrestres que determinan el comportamiento y las sociedades humanas, a todo lo contrario, esto es, cómo la acción de las sociedades deja huella y determina el paisaje histórico y su evolución. Este cambio en la consideración es todo un giro interpretativo cuyas consecuencias aún se hacen notar en la moderna historiografía. Lejos de los determinismos naturales, la acción antrópica marca una nueva era y un nuevo entorno que, acumulado durante cientos de años, acaba de ser testigo y prueba de las condiciones históricas. Hoy en día los principios de humanidad y de naturaleza parecen desdibujarse mutuamente como agentes ajenos el uno por el otro. El principio de era antropocénica, que determina mucho más de lo que se pensaba la realidad considerada natural u orgánica, ha pasado a considerarse históricamente. De ahí que el problema del paisaje como concepto para situarnos espacial y temporalmente no haya desaparecido, sino que se subraya cada vez más.

Si la consideración de *landscape* está más o menos clara dentro de su terminología, la de *political* no tanto, al menos a nivel micro. Esta noción delimita a su vez la problemática del paisaje, ya que este se convierte en contenedor de las acciones humanas y por tanto en un problema amplio (pensamos en los paisajes sonoros o los problemas de percepción y visibilidad). Esta orientación de lo político (casi *avant la lettre*) se define por la acción micro y colectiva de diferentes grupos humanos en entornos locales que actúan políticamente, esto es, socialmente, en su vecindad. Político en este sentido es por tanto el grado cero de lo político, su actuación más básica y también esencial en tanto que el juego del conflicto se centra en los recursos y su explotación, así como en el control del territorio. Por eso esta idea de *political* no tendría sentido sin el complemento de *historical* que encontramos en otros estudios, esto es, el peso del tiempo en la mudanza del paisaje. Este grado mínimo de lo político es en parte criticado por Igor Santos Salazar en sus conclusiones quien advierte de esa ausencia de los poderes centrales como una especie de protagonistas elípticos ante lo nebuloso de unas comunidades no definidas. Sin embargo, esta

problemática es general, de igual forma en física las teorías macro y micro encajan mal y una solución parece difícil. Estudiar las pequeñas comunidades no implica necesariamente que estas sean autónomas, ni independientes, ni suficientes en sus planteamientos como comunidad. El secreto es la articulación, los trasvases entre lo superior y lo inferior y cómo se producen, información que articula el territorio, pero que, excepto en la más visible malla eclesiástica, es difícil de encontrar en otras estructuras de poder equiparables.

Conceptualmente el binomio paisaje (*landscape*) y territorio (*territory*) no es inocente. Territorio era un término más tradicional concebido para una definición del espacio que consideraba el dominio político, las fronteras, la gestión de las poblaciones y el control de los lugares. Territorio parecía engarzar incluso etimológicamente (*territorio-territorium-terra, terroir*) con una especie de evidencia más directa y práctica del espacio humano. Por el contrario, paisaje (*paysage-pays*) invocaba una dimensión más orgánica del espacio, auto-constituída entre la acción antrópica y los propios límites geográficos naturales (*pays*, región) más allá de la artificialidad de la constitución política o incluso administrativa de *territorio*. Este paisaje, este territorio, huye de los determinismos, así como de las visiones generales para profundizar en dos aspectos: perspectiva desde abajo y estudio de caso. Desde abajo (*from below*), es una perspectiva que, aplicada históricamente sigue cambiando los objetos de estudio, tanto como quien, encontrándose en un pozo, lo observase cómodamente desde su borde superior o desde su húmeda profundidad. El pozo —como el objeto de estudio— será el mismo, pero no los resultados aplicando una u otra visión. El paisaje como proyecto humano se desarrolla en común en forma de hábitat sobre la delgada superficie de la tierra, viviendo, arando, gestionando, mudando las formas de vivir y los lugares de explotación. Esta visión no es panorámica, sino microscópica en su intencionalidad. Este paisaje que pertenece al *pays*, al territorio autoformado es *land-scape* antítesis y complemento del *in-scape* (*Einfühlung*) individual. Desde una perspectiva de historia de los conceptos, paisaje como traducción de *landscape* toma un significado similar a *paysage* en tanto que ambos conceptos definen una porción de tierra limitada según sus características propias (*land* como *pays*), orgánicamente, a priori. Sin embargo, en ambos las territorialidades se plantean como un lugar de revelación de las contradicciones de poderes y explotación.

En la historiografía española, la estela de los estudios de José Ángel García de Cortázar es a este respecto evidente, así como su continuación en otras investigaciones como las de Ermelindo Portela para Galicia o, más reciente en Asturias, Margarita Fernández Mier. El libro está editado por Iñaki Martín Viso con investigadores principalmente de la Universidad de Salamanca, Universidad del País Vasco, así como investigadores de las universidades de Valladolid, Santiago de Compostela o Trento. Casi todos ellos poseen una dilatada carrera investigadora que centra sus intereses en la aplicación en el paisaje de las acciones humanas, desde la inhumación como demarcación territorial hasta la aparición y consolidación del espacio eclesiástico pasando por el espinoso problema de los comunales como lugares/procesos de revelación de conflictos, identidad, explotación y paisaje humano.

Todos los capítulos del libro tratan sobre cuatro cuestiones principales que se podrían enmarcar de la siguiente forma en: dos capítulos sobre la casa, lugares domésticos y hábitats de explotación; otros tres capítulos sobre las comunidades de valle y de montaña; tres capítulos sobre configuración socioeclesiástica y gestión del espacio mortuario; y, para acabar, capítulos relativos a la gestión del espacio fortificado y a la explotación de recursos como la minería o el agua (molinos). A lo largo del paisaje van surgiendo —como en un nacimiento— los elementos que aportan vida y cambio a ese mínimo y estrecho espacio donde se produce la vida humana: lugares de enterramiento, ciudades y el perímetro de su alfoz, casas, fincas de explotación, residencias de las élites, fortificaciones, lugares de vigilancia, de producción, montañas y sierras, lugares de culto, iglesias, monasterios así como los lugares de explotación primaria como las minas o lugares de control de los elementos como molinos que convierten la fuerza del agua en energía transformativa.

La vida y la casa, la casa de la vida en palabras de Mario Praz, es el primer lugar, la célula básica que acoge la comunidad y la familia, pero no solo el hogar. Lejos de la consideración de la casa como un lugar meramente doméstico, la casa es el hábitat de la explotación, de la primera jerarquización del

espacio y la sociedad, un lugar mínimo en el mundo donde se hacen evidentes las contradicciones sociales. Este hábitat doméstico que constituye esa célula del paisaje es estudiado por Pablo de la Cruz Díaz (Universidad de Salamanca) a partir del significado de *domus* y *curtis*. Ambos términos son tomados de la legislación, principalmente la visigoda del *Liber Iudicum*, así como de su supervivencia de uso en documentos posteriores. También Juan Antonio Quirós Castillo (Universidad del País Vasco) analiza las residencias de las élites en los condados de Lantarón y Álava a partir de las funciones militares y redistributivas de estos lugares clave. *Domus* y *curtis* acaban siendo dos marcadores de un tipo de espacio particular que implica la casa, una figura de explotación. A la figura conocida de la *domus* o la *curtis*, así como la *uilla*, le acompaña la innovación y el resurgir de lo urbano que va apareciendo y proyectando la sombra del alfoz en el entorno.

Una tercera parte del libro comprende aspectos sobre la aparición del presbítero como figura de autoridad, la jerarquización de las iglesias y el control de la muerte (y los muertos en su inhumación). La malla eclesiástica que se eslabona desde el presbítero rural, la iglesia local, el monasterio familiar, hasta la gestión de los obispados es una de las estructuras más visibles y concretas de todo el periodo, con creciente autoridad. Pablo Poveda Arias (Universidad de Valladolid) retrata el mundo de estos eclesiásticos a partir de los presbíteros rurales durante el reino visigodo, realidad que engarza con el estudio de Mariel Pérez (CONICET, Universidad de Buenos Aires) para el siglo X en León. Símbolo del creciente poder de esta malla eclesiástica y de su red es la creación de los lugares de inhumación, como el cementerio (véanse los estudios de Michel Lauwers al respecto). Por ejemplo, los lugares de enterramiento son una de las huellas más duraderas en el paisaje por la memoria y culto vinculadas a ella, así como el factor de unión social y familiar que implican. A este respecto, José Carlos Sánchez Pardo, Laura Blanco Torrejón y Marcos Fernández Ferreiro (Universidade de Santiago de Compostela) analizan en la Galicia altomedieval la posibilidad de identificar las tumbas como marcadores del territorio, de sus límites y de la legitimidad de su posesión. Por otro lado, intentan conectar el rastro documental con los epígrafes funerarios para encontrar posibles conexiones entre ambos, aunque con dificultad debido a la parquedad de las fuentes. En todo caso las tumbas antropomorfas, excavadas o no en roca, en este periodo altomedieval (VI-XII) representan una cicatriz indeleble en el paisaje que nos recuerda que una comunidad solo empieza a pertenecer a un lugar cuando entierra a sus muertos en ella.

En la parte de los recursos, Álvaro Carvajal Castro (Universidad de Salamanca) y Julio Escalona Monge (CSIC) plantean los molinos hidráulicos como una infraestructura que gestiona un bien estratégico a partir de la canalización del agua y la gestión del tiempo. Son además una estructura en auge durante el periodo medieval, en especial por su expansión y construcción local. Al ser una estructura relativamente costosa y estratégica su uso era comunitario, repartido en turnos o veces por la comunidad de la aldea. Así se podría considerar como otro tipo de comunal, al igual que los pastos o la explotación del bosque. Como los otros tipos de comunales, su privatización o uso por comunidades estratégicas fuertes como los monasterios y grandes poseedores laicos, representó un problema ante el ocasional monopolio del uso para una acción de primera necesidad: convertir el grano en harina para hacerla comestible. El capítulo estudia la realidad castellana, aunque futuras comparaciones deberían reflejar la realidad en lugares con regímenes hídrico-fluviales diferentes como Asturias o Galicia.

En definitiva, los paisajes no son solo una bella vista, sino lugares donde suceden los fenómenos cicatrizados y densos de la actividad humana. Las investigaciones actuales, gracias al análisis doblemente focal del registro escrito y arqueológico, han llegado a mostrar como suceden estos fenómenos donde hoy aún vivimos y donde el espacio está configurado gracias a esos siglos a veces injustamente olvidados.